

Agonía del reino de Israel

Una característica singular del pueblo hebreo es que siempre coincidieron en él las crisis religiosas con las de la nacionalidad. El cristianismo nació a través de la fiebre terrible que causó en Judea el establecimiento de la dominación romana el siglo I de nuestra Era. El judaísmo, como religión particular, nació bajo los ataques de Asiria el siglo VIII antes de J.C. La costumbre perpetua en los profetas hebreos de ver en los grandes sucesos del mundo actos de la política de Jehová, daba a aquel imperio una especie de consagración religiosa. Asiria será en adelante el blanco de todas las visiones proféticas. Jehová es un Dios tan fuerte que todo lo que es fuerte en el mundo auxilia su obra, como ministro involuntario y servidor inconsciente.

Continuaba la eterna guerra de los reyes de Judá, Israel y Damasco. Resin, que parece haber sido uno de los organizadores más enérgicos de la resistencia de Siria contra Asiria, y Peqah, rey de Israel, que luchaba débilmente con la anarquía de las tribus del Norte, formaron una expedición contra Jerusalén (730). La casa de David corrió grave peligro. Peqah y Resin querían sustituir a Achaz por un regente, del cual no sa-

bemos sino que su padre se llamaba Tabel. Tal vez se designara a Resin con este nombre. El pensamiento profundo de los confederados sería probablemente alistar a Judá en una liga de todas las fuerzas de Siria contra el imperio asirio. El reino de Judá estuvo a punto de perderse. Los filisteos, aprovechándose de estos apuros, se liberaron de la especie de vasallaje, que los sometía a Jerusalén. Los sirios, acampados en Efraím, aterrorizaban de modo indecible a la corte de Achaz y el pueblo.

Isaías tuvo entonces mucha importancia. Como el derecho divino de la casa de David era para él un dogma, se mostró legitimista absoluto. Achaz estaba lejos de ser un soberano como él habría deseado, pero, no obstante, desplegó todos los recursos de su arte para salvarle. Presentóse al rey para tranquilizarle y disuadirlo de las alianzas extranjeras y convencerle de que se fiara lisa y llanamente de la protección de Jehová, advirtiéndole que sus aliados le eran muy perjudiciales, y que Asiria y Egipto perderían a Judá.

A Achaz'le detuvieron los consejos de Isaías. Sin que lo supiera el profeta, trataba con los asirios. Envío un mensaje a Tiglatfalasar, rey de Nínive, llamándose «su servidor y su hijo», y rogándole que le salvara de manos de los reyes de Aram y de Israel, que le habían atacado. Achaz enviaba al mismo tiempo al rey de Asiria todo el oro y la plata que entonces había en el palacio y en el templo. Al terminarse las materias de oro y plata, acudió a las obras de arte, y Achaz arrancó muchos de los ornamentos del templo salomónico para mandarlos a Asiria.

La extraordinaria máquina del ejército asirio fue puesta de nuevo en movimiento y arrastrada hacia las regiones del Líbano y del Antelíbano. El mezquino egoísmo de la corte de Jerusalén no debió ser el único motivo de esta expedición. A Nínive, como a Roma después, le gustaba de hacer estas apariciones triunfantes, que eran como indicios intermitentes de su poder lejano. Resin y Peqah, al saber que iban a ser atacados, huyeron de Jerusalén. Resin fue hacia el Sur para atraer a los edomitás a la liga de resistencia contra Asiria. Tomó la ciudad de Elat a los judaitas y se la devolvió a Edom. Desde entonces quedó cerrado al reino de Judá el acceso al Mar Rojo.

La fuerza asiria cayó primero sobre Damasco. Tiglatfalasar se apoderó de la ciudad, deportó a los habitantes, mató a Resin, y luego asoló el Norte del reino de Israel. Tomó todas las poblaciones de Galilea, de Galaad, y deportó a gran parte de la población de aquellos distritos a Asiria. Habitó en Damasco mientras duró la expedición. Achaz fue a buscarle, y le reconoció por soberano.

De este modo se vengó Judá de Israel, a cambio de perder su independencia. Isaías no cargó con la responsabilidad de una política que había censurado. Al mismo tiempo, sus rencores estaban satisfechos y sus predicciones verificadas. Damasco quedó arruinada; dejaron de existir las ciudades de allende el Jordán; fue humillada Samaria, y Aram e Israel perecieron juntos. Si Israel hubiera adorado a sus dioses fabricados por los hombres en lugar de volver al culto de Jehová, habría desaparecido por completo, devorado por la anarquía, oprimido entre Aram y los filis-

teos. Pero el verdadero Israel fue salvado por Judá. Sion durará, y será el refugio de los hombres buenos, de los verdaderos discípulos de Jehová.

Así profetizaba Isaías, demostrando su gran astucia, adivinando que el reino de Jerusalén sobreviviría al de Israel.

Verdaderamente, la religión tenía poca parte en éstas guerras de Nínive, Damasco y Samaria. Los profetas eran los que la hacían intervenir. No podemos creer que sus sentimientos fueran los de toda la nación. Los bellos textos del jehovahista y del eloísta tenían pocos lectores. La voz de los profetas se perdía en una especie de desierto.

Achaz demostraba en religión un eclecticismo que llegaba casi a la indiferencia. Cuando fue a Damasco para prestar homenaje a Tiglatfalasar vio una forma de altar que le gustó. Mandó sacar de él un diseño y envió el modelo al sacerdote Uriah, de Jerusalén, para que hiciera otro igual, lo cual se realizó, colocando el nuevo altar delante del antiguo, sin suprimir éste. Cuando el rey regresó, no le pareció bien lo hecho, y dispuso que su altar se colocara lo más cerca posible del templo, y que en él se derramara la sangre de todos los sacrificios. Uriah obedeció, pero estas innovaciones causaron mal efecto. Achaz tuvo mala fama entre los jehovahistas piadosos. Se dijo que había descuidado el culto a Jehová, porque lo había permitido en los lugares altos y en las espesuras, donde se le asociaba a Astarté. También se dijo que había quemado a su hijo mayor en honor de Moloch, acción de la que no faltaban ejemplos, a lo menos fuera de Israel. La evocación de los muertos tuvo mucho auge durante su reinado, y floreció la brujería.

Empequeñecido, debilitado, privado de sus provincias del Norte y de allende el Jordán, el reino de Israel entraba en el período de convulsiones anterior a la muerte. Peqah acabó como casi todos los soberanos de Israel. Fue asesinado por Hoseas, en circunstancias que suponen al país entregado a un desorden completo. Hoseas sucedió a Peqah, pero hay razones para suponer que no tomó el título de rey hasta pasados varios años de guerra civil. La opinión profética no le fue adversa más que a medias, por lo menos le juzgó con algo menos de severidad que a sus antecesores. Cuando iba consolidando su autoridad, Achaz murió en Jerusalén, y le sucedió su hijo Ezequías en 725 antes de J.C.